

bilia, dejáos deso y faced buen semblante, porque con él deis esfuerzo á vuestro amigo.» Entonces don Grumedan tomó á Amadís é púsolo á un cabo del campo, é Brandoibas puso al otro á Ardan Canileo, puestos los rostros de los caballos uno contra otro, é don Cuadragante en medio, que tenia en su mano una trompa que al tañer della habian los caballeros de mover. Amadís, que á su señora miraba, dijo en alta voz: «¿Qué face Cuadragante, que no tañe la trompa?» Cuadragante la tañó luego; é los caballeros movieron á gran correr de los caballos, é firieronse de las lanzas en sus escudos tan bravamente, que ligeramente fueron quebradas, é topáronse uno con otro; así que, el caballo de Ardan Canileo cayó sobre el pescuezo é fué luego muerto, y el de Amadís hobo la una espalda quebrada, é no se pudo levantar; mas Amadís, con la su gran viveza de corazon, se levantó luego, empero á gran afan, que un trozo de la lanza tenia metido por el escudo y por la manga de la loriga, sin le tocar en la carne; é sacándolo dél, metió mano á su espada é fuése contra Ardan Canileo, que se habia levantado con gran trabajo y estaba enderezando su yelmo, é cuando así lo vió puso mano á su espada, é fuéronse á ferir tan bravamente, que no ha hombre que los viese que se mucho no espantase, que sus golpes eran tan fuertes é tan apriesa, que las llamas de fuego de los yelmos y de las espadas facian salir, que semejava que ardian; pero mucho mas esto parecia en el escudo de Ardan Canileo, que, como de acero fuese, y los golpes de Amadís tan pesados, no parecia sino que el escudo é brazo en vivas llamas se quemaba; mas la su gran fortaleza defendia las carnes que cortadas no fuesen, lo cual era mortal daño de Amadís, que como sus armas tan recias no fuesen, é Ardan tenia una de las mejores espadas del mundo, nunca golpe le alcanzaba que las armas y la carne no le cortase; así que, en muchas partes andaba teñido de la su sangre, é todo el escudo cuasi desfecho; é la espada de Amadís no cortaba nada en las armas de Ardan Canileo, que eran muy fuertes; mas aunque la loriga de gruesa y fuerte malla era, ya estaba rota por mas de diez lugares, que por todos ellos le salia mucha sangre, é lo que aquella hora á Amadís mas aprovechaba era su gran ligereza, que con ella todos los mas golpes le facia perder, aunque Ardan habia mucho usado de aquel menester, é gran sabidor de herir de espada fuese. En tal priesa, como oides, andovieron, dándose muy grandes y esquivos golpes fasta hora de tercia, trabándose á manos é á brazos tan duramente, que Ardan Canileo era metido en gran espanto; que nunca él fallara tan fuerte caballero ni tan valiente gigante que tanto á la su valentia resistiese; é lo que mas su batalla le facia dudar era que siempre á su enemigo fallaba mas ligero é con mayor fuerza que al comienzo, siendo él cansado é laso é todo lleno de sangre. Estonces conoció bien Madasima que fallecia de lo que prometiera, que habia de vencer á Amadís en menos que media legua se andoviese, de lo cual á ella no pesaba, ni aun que allí Ardan Canileo la cabeza perdiere; porque su pensamiento tan alto era, que mas queria perder toda su tierra que se ver junta al casamiento de tal hombre.

Los caballeros se ferian de muy grandes é fuertes golpes por todas las partes donde mas mal se podian hacer; é cada uno dellos punaba de llegar al otro á la muerte; é si Amadís tan fuertes armas trajera, segun su gran viveza é lo que el aliento le duraba, no le podiera el otro tener campo; pero todo lo que él facia é trabajaba le era bien menester, que lo habia con muy fuerte y esquivo caballero en armas; mas, como ya él todas sus armas trajese rotas y el escudo desfecho, é la carne por muchos lugares cortada, donde mucha sangre le salia, cuando Oriana así lo vió, no gelo pudiendo sufrir el corazon, quitóse con gran angustia de la ventana, y sentada en el suelo, se firió con sus manos en él, pensando que á su amigo Amadís se le acercaba la muerte. Mabilia, que así la vió ferir, de corazon le pesó, é hízola tornar allí, mostrándole gran saña, diciéndole que á tal hora é á tal peligro no debia desamparar á su amigo; é porque no podia sufrir de lo ver tan mal trecho, púsese de espaldas, porque viese los sus muy hermosos cabellos, porque mas esfuerzo é ardimento su amigo tomase. Ellos estando en esta sazón, dijo Brandoibas, que era uno de los jueces: «Mucho me pesa de Amadís, que le veo muy menguado de sus armas y de su escudo.—Así me parece, dijo Grumedan, de que gran pesar tengo.—Señores, dijo Cuadragante, yo tengo probado á Amadís cuando con él me combatí por tan valiente é con tanto ardimento, que siempre parece que la fuerza se le dobla, y es el caballero de cuantos yo vi que mejor se sabe mantener y de mas aliento, y véole agora en toda su fuerza entera; lo que no es en Ardan Canileo, antes siempre enflaquece; é si algo daña á Amadís, no es al, salvo la gran priesa que se da, que si se sofriese faria andar tras sí á su contrario, é la su gran pesadumbre lo cansaria; pero la su gran ardidez no le deja asosegar.» Oriana é Mabilia, que esto oyeron, mucho fueron consoladas. Mas Amadís, que á su señora viera quitar de la ventana, y despues allá no habia mirado, pensó que por duelo dél lo habia fecho; fué con gran saña contra Ardan Canileo, é apretó la espada en la mano, é firióle de toda su fuerza por encima del yelmo de tan fuerte golpe, que le atordeció, é fincó la una rodilla en el suelo; é como el golpe fué tan grande, y el yelmo tan fuerte, quebrantó la espada en tres partes; así que, la mas pequeña le quedó en la mano. Estonces fué él en todo pavor de muerte, é así lo fueron todos lo que miraban.

Cuando esto Ardan Canileo vió arredróse dél por el campo, é tomó el escudo por las embrazaduras, y esgrimiendo la espada, dió una gran voz, que todos lo oyeron, é dijo á Amadís: «Ves aquí la tan buena espada que por tu mal ganaste. Cáta la bien; que esta es é con ella morirás.» E luego dió grandes voces: «Salid, salid á la finiestra, señora Madasima, y verédes la hermosa venganza que yo vos daré, é cómo por mi proeza os he ganado en tal forma que ninguna otra tal amigo como vos teneis terná.» Cuando esto oyó Madasima fué muy triste, y echóse ante los piés de la Reina, é pidióle merced que dél la defendiese, lo que con mucha razon se podia hacer, que Ardan le prometiera de matar ó vencer á Amadís antes que por un hombre

media legua andada fuese, é si lo no ficiere, que nunca le otorgase su amor; pues si aquel tiempo era pasado con mas de cuatro horas, que ella lo podia ver; é la Reina dijo: «Yo oyo lo que decis, é faré lo que justo fuere.» Amadís cuando así se vió las armas fechas pedazos é sin espada, vínole en mientes lo que Urganda le dijera, que daria la meitad del mundo, seyendo suyo, porque la su espada echada fuese en un lago, é miró á la ventana donde Oriana estaba, é viéndola de espaldas, bien conoció que su contraria fortuna dél lo causara, y crecióle tan grande esfuerzo, que puso en toda aventura su vida, queriendo mas morir que dejar de hacer lo que podia; é fuése contra Ardan Canileo como si estoviese guisado de lo ferir, é Ardan alzó la espada é atendiólo, é como llegó quisole ferir; mas Amadís furtó el cuerpo, é fizole perder el golpe, é juntó tan presto con él, sin que el otro pudiese meter en medio la espada, é trabóle del brocal del escudo tan recio, que gelo levó del brazo, é hobiera dado con él en el suelo, y desvióse dél y abrazó el escudo é tomó un pedazo de la una lanza que delante sí falló con el fierro, é tornó luego contra Ardan bien cubierto de su escudo; é Ardan, que con gran saña estaba porque así el escudo perdiera, fué por él, y pensóle ferir por cima del yelmo. Amadís alzó el escudo y recibió en él el golpe, é aunque muy fuerte era y de fino acero, entró la espada por el brocal bien tres dedos, é Amadís le firió con el pedazo de la lanza en el brazo derecho á par de la mano, que la meitad del fierro le metió por entre las cañas, é fizole perder la fuerza en tal guiso, que no pudiendo sacar la espada, la llevó Amadís en el escudo; é si desto fué muy alegre é contento no es de preguntar ni de decir; así que, estonces echó muy á lueñe de sí el trozo de la lanza, é sacó la espada del escudo, gradeciendo mucho á Dios aquella merced que le hizo. Mabilia, que lo miraba, dió de las manos á Oriana é fizola volver porque viese á su amigo alcanzar aquella gran vitoria sobre el peligro tan grande en que á la hora habia estado.

Pues Amadís se fué para Ardan Canileo, el cual fué luego enflaquecido en ver así su muerte, y pensando no fallar guarida ni remedio, quiso tomar el escudo á Amadís, como él gelo habia tomado, mas el otro, que cerca de sí lo vió, dióle un golpe por cima del hombro izquierdo en tal manera, que le cortó las armas é gran parte de la carne y de los huesos, é como vió que habia perdido la fuerza del brazo, desvióse por el campo, con el gran miedo que á la espada tenia; mas Amadís andaba tras él; y desde lo vió cansado y desacordado, trabóle por el yelmo tan reciamente, que lo hizo á sus piés caer y levó el yelmo en sus manos, é fué luego sobre él de rodillas, é cortándole la cabeza, puso gran alegría en todos, especial en el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, que muchas angustias é dolores habian pasado cuando vieron á Amadís en el estrecho que ya oistes. Esto así hecho, tomó Amadís la cabeza y echóla fuera del campo, y levó rastrando el cuerpo fasta una peña, que dió con él en la mar, é alimpiando la espada de la sangre, la metió en la vaina, é luego el Rey le mandó dar un caballo, en que, ferido de muchas llagas y perdida mucha sangre, acom-

pañado de muchos caballeros, á su posada se fué; pero antes hizo sacar de las crueles prisiones al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, é los llevó consigo, y enviando al rey Arban de Norgales á la reina Brisena, su tia, que gelo envió á demandar, en su cámara dél, teniendo aquel su leal amigo Angriote, en uno fueron curados Amadís de sus llagas, que muchas tenia, é Angriote de los azotes é otras feridas que en la prision le dieron. Allí fueron visitados con mucho amor de los caballeros é dueñas é doncellas de la corte, é Amadís de su cohermana Mabilia, que le traia aquella verdadera melecina con que su corazon podiese enviar á los otros menores males seyendo él esforzado, la salud que para su reparo le convenia.

CAPITULO XIX.

Cómo se hizo la batalla entre don Bruneo de Bonamar é Madaman el envidioso, hermano de la doncella desemejada, y del levantamiento que ficiéron con envidia á estos caballeros amigos de Amadís, por lo cual Amadís se despidió de la corte é del rey Lisuarte.

Pasada esta batalla de Amadís é Ardan Canileo, como ya oistes, luego otro dia pareció ante el Rey don Bruneo de Bonamar, é con él muchos buenos caballeros, de quien amado ypreciado era, é halló allí á la doncella desemejada, que estaba diciendo al Rey que su hermano estaba aparejado para la batalla, que mandase venir á aquel con quien habia de combatir; é como quiera que la venganza fecha en él poca fuese, segun el valor de aquel valiente Ardan Canileo, que pues mas hacer no se podia, con aquella emienda pobre serian algo consolados. Don Bruneo, dejando de responder á aquellas locas palabras, dijo que luego la batalla queria. Así que, luego el uno y otro fueron armados é metidos en el campo, cada uno acompañado de aquellos que le bien querian, aunque diferente fuese; que con don Bruneo fueron muchos é preciados caballeros, é con Madaman el envidioso, que así habia nombre, tres caballeros de su compañía, que las armas le llevaban. É desde los jueces los posieron en aquellos logares que para la batalla les convenia, ellos corrieron contra sí los caballos al mas ir que podieron; de los primeros encuentros que las lanzas quebraron en piezas, Madaman fué fuera de la silla é don Bruneo llevó metida por el escudo una parte de la lanza, que gelo falsó, é le hizo una pequeña herida en el pecho, mas cuando tornó el caballo vió al otro con su espada en la mano á guisa de se defender, é dijole: «Don Bruneo, si tu caballo perder no quieres, descende dél, ó me deja cabalgar en el mio. Esto é lo que quisiédes, dijo don Bruneo, aquello faré.» Madaman, creyendo que á pié mejor que á caballo se podria combatir, segun la grandeza de su cuerpo é la pequenez del otro, dijole: «Pues que en mí lo dejas, deciéndé é á pié hayamos la batalla.» E don Bruneo se tiró afuera é decendió del caballo, é comenzaron entre sí una brava batalla; así que, en poco espacio de tiempo sus armas fueron en muchos logares rotas, é sus carnes cortadas, por donde mucha sangre les salia, é los escudos desfechos en los brazos, sembrado el suelo de las rajadas dellos; é cuando así andaban en esta tan gran priesa que ois, acaeció una extraña cosa, por donde parece que en las animalías hay cono-

cimiento de sus señores; que los caballos, que sueltos en el campo quedaron, juntándose el uno con el otro, comenzaron entre sí una pelea de bocados é Pernadas con tanta porfía y enemistad, que todos dello eran mucho maravillados; é tanto duró, que el caballo de Madaman, no lo pudiendo ya sufrir, fuyendo ante el otro, saltó con el gran miedo las cadenas de que el campo cercado estaba, lo cual por buena señal tovieron aquellos que la vitoria de la batalla á don Bruneo deseaban. E tornaron meter mientes en la batalla de los caballeros, vieron cómo don Bruneo aquejaba á su enemigo de grandes é duros golpes, de forma que él se tiró afuera é dijo: «Don Bruneo, ¿por qué te aquejas? el día ¿no es asaz largo? Súfrete un poco é folguemos; que si miras á tus armas é la sangre que de tus llagas sale, bien te fará menester.—Madaman, dijo don Bruneo, si nuestra batalla fuese de otra cualidad, é no con enemistad tan crecida, luego en mí fallarías toda cortesía é sufrimiento; mas, segun la gran soberbia que fasta aquí has tenido, si en esto que pides yo viniese, sería causa que tu fama é valor fuese menoscabado; así que, no por el bien que te yo haga, mas porque venciéndo te alcance mas gloria, no quiero dar lugar que tu flaqueza manifiesta sea, é guarda que te no dejaré folgar.»

Entonces se acometieron como de ante, mas no tardó mucho que don Bruneo, mostrando la gran fuerza é ardimiento de su corazon, no trajese ya á Madaman tan aquejado, que en otra cosa no entendia sino en se defender é guardar de los golpes, los cuales no pudiendo ya sufrir, se retrajo quanto mas pudo á la parte de la mar, pensando que allí entre algunas peñas defenderse podria; mas viendo la fondura tan alta é tan espantable, detúvose, y llegó don Bruneo, que le seguia, é tomólo tan cerca, que se no pudo valer, é dióle del escudo é de las manos, pujándole tan recio, que lo despeñó de tan alto, que fué fecho piezas antes que al agua llegase. Entonces fincó las rodillas, gradeciéndolo á Dios aquella tan gran merced que le ficiera. Cuando Matalesa, la desemejada doncella, esto vido, entró en el campo corriendo quanto mas podia y llegó á aquel gran despeñadero á gran afán, é vió cómo las ondas de la mar traian á uno é á otro cabo la sangre é la carne de su hermano; tomando la espada de su hermano, que allí se le cayera, dijo: «Aquí donde queda la sangre de mi tío Ardan Canileo é la de mi hermano quiero que la mia quede, porque la mi ánima con las suyas allá donde estovieren sea juntada.» E firiéndose con la punta de la espada por el cuerpo, se dejó caer atrás por aquel despeñadero; así que, toda fué desfecha.

Esto así acabado, cabalgando don Bruneo con su caballo, con mucho loor del Rey y de todos los que allí estaban, acompañado de muchos dellos, se fué á la posada de Amadis, donde en un rico lecho cabe el suyo y el de Angriote juntamente con ellos fué curado. Allí eran visitados así de caballeros como de dueñas é doncellas mucho á menudo, por les dar descanso é placer; mas la reina Briolunja, con acuerdo de Amadis, veyendo que su mal se dilatara, tomando dél licencia, se partió para su reino; pero antes quiso ver las maravillas de la insola Firme, é probarse en la cámara defendida, y llevó á Enil consigo, que todo gelo ficiese mostrar, é prometió á Ori-

na de le hacer saber todo lo que allá fallase y le aconteciese; lo cual se dirá adelante.

Y en esto que la historia proceder quiere podréis ver á qué tan poco basta la fuerza del seso humano, cuando aquel alto Señor, aflojadas las riendas, alzada la mano, apartando su gracia, permite que el juicio del hombre en su libre poder quede; por donde os será manifesto si los grandes estados, los altos señoríos pueden ganados é gobernados ser con la discrecion é diligencia de los hombres mortales, ó si, faltando su divina gracia, la gran soberbia, la gran codicia, la muchedumbre de las armadas gentes son bastantes para lo sostener. Ya habeis oido cómo el rey Lisuarte siendo infante, solamente poseyendo sus armas é caballos, con algunos pocos servidores, andando como caballero andante buscando las aventuras, llegando al reino de Denamarca, la fortuna, que así lo quiso, de aquella infanta Brisena, hija de aquel rey, que por su gran beldad é sobrada virtud muy preciada é demandada de muchos príncipes é grandes hombres era, á todos ellos desechando, este infante della muy amado fué, tomándole entre todos ellos por su marido. Esta fué la primera buena ventura que hobo, que entre las terrenales, por una de las mejores tenerse debe. Pues no contenta su dicha con esto, queriéndolo el poderoso Señor, fué sin heredero alguno Falangris, su hermano, rey de la Gran Bretaña, desta presente vida partido; así que, sin mucho entrevale este desheredado infante rey es fecho, no como los de su tiempo, que solamente con sus naturales, con sus reinos contentos eran; mas ganando é señoreando los ajenos, viniendo á su corte fijos de reyes, de grandes príncipes é duques, entre los cuales eran aquellos tres hermanos, Amadis é don Galaor é Florestan, con otros muchos de gran cuento; entre los emperadores é reyes del mundo la su gran claridad sobre todos ellos vista era, é si algo escurecida fué con el don que á la engañosa doncella prometió, que fué causa de ser en prision de Arcalaus, mas á esfuerzo de corazon que á mal recaudo atribuirse debe; porque en aquel tiempo el gran esfuerzo, el prez de las armas en los reyes, en los príncipes é señores grandes, señaladamente sobre los otros mas bajos florecian, así como en los griegos é troyanos en las historias antiguas se falla. Pues ¿qué dirémos aun mas de la grandeza deste poderoso rey? En su corte eran venidas las aventuras extrañas, que habiendo mucho tiempo por el mundo andado, é no fallando quien cabo les diese, allí, con gran gloria suya, acabadas fueron; pues no es razon quedar en olvido el vencimiento de aquella dolorosa y espantable batalla que con Cildadan hobo, donde tantos gigantes tan fuertes y esquivos, tantos valientes caballeros de su sangre é otros de muy gran guisa é por el mundo muy nombrados, por la gran virtud y esfuerzo dél y de los suyos muertos y destruidos fueron; é luego á poco tiempo aquel esforzado é famoso Ardan Canileo, que por todas las tierras que anduvo nunca falló cuatro caballeros que campo le mantuviesen, en la corte deste rey por un caballero fué vencido é muerto.

Pues ¿dirémos agora que estas buenas venturas que hobo lo causó ser este rey, como lo era, muy gracioso, muy humano é muy franco, esforzado? Por cierto en

alguna manera se podria creer si en ello se sopiera gobernar, é con causa tan liviana todo lo mas dello no desficiera ni derramara, como agora oiréis; por donde se debe creer que cuando alguno de muchas buenas venturas es abastado, é su juicio é discrecion para las conservar no basta, que á él no se deben atribuir, á mas aquel muy alto é poderoso Señor, que á quien le place las da con tal secreto, que á nosotros sería gran locura procurar de lo saber.

Agora sabed aquí que en esta corte deste rey Lisuarte habia dos ancianos caballeros que al rey Falangris, su hermano, mucho tiempo sirvieron; así que con aquella antigua crianza mas que con virtud ni buenas mañas, dándole autoridad sus crecidos años, en el consejo del rey Lisuarte fueron puestos; el uno dellos habia nombre Brocadan y el otro Gandandel; y este Gandandel tenia dos fijos que por preciados caballeros antes que Amadis é sus hermanos é los de su linaje viñiesen eran tenidos; mas la sobrada bondad é fortaleza destes habia puesto en olvido la fama de aquellos dos caballeros; de lo cual gran angustia en el corazon su padre Gandandel teniendo, pensó tanto, que no temiendo á Dios, ni mirando la fe que á su señor el Rey debía, ni á las honras y buenas obras de Amadis é de su linaje recebidas, quiso por honra é provecho particular suyo dañar y escurecer lo general, á que mas obligado era, urdiendo é fabricando en sus malas entrañas una gran traicion en esta guisa. Hablando un dia al Rey dijo: «Señor, menester es á vos é á mí que apartadamente me oyais; que grandes dias há que me sufro de vos fablar, pensando que el fecho por otra via sería remediado; en lo cual conozco que os he errado malamente, porque, segun el mal cada dia crece, muy necesario os es tomar consejo.» Cuando el Rey esto oyó, quiso saber qué cosa era, é tomándole consigo, se metió en su cámara, sin que otro alguno hí estoviese, é dijole: «Agora decid lo que os ploguiere.» E Gandandel le dijo: «Señor, siempre hobe sabor de guardar mi ánima é honra, é no hacer ningun mal, aunque podiese, merced á Dios; así que, muy libre é sin pasión estoy para que mi juicio pueda sin entrevale aconsejar vuestro servicio; é vos, Señor, faced aquello que mas os cumple; é porque entiendo que erraria á Dios é á vos si lo callase, acordé de vos decir esto. Ya sabeis, Señor, cómo de grandes tiempos á esta parte grandes discordias siempre hobo en el reino de Gaula é de la Gran Bretaña, é como de razon aquel reino á este sujeto debía ser, reconociéndole señorío, como todos los comarcanos lo hacen, é esta es una dolencia que la salud de ella fin no tiene hasta que la justa conclusion en esto viniese. Agora he visto cómo siendo Amadis, no solamente natural de allí, mas señor principal de su linaje, son metidos en vuestra tierra tan apoderadamente é con tanta aficion de los vuestros naturales, que otra cosa no parece sino ser en su mano de se alzar con la tierra, como si derecho heredero della fuese. Verdad es que deste caballero y de sus hermanos é parientes nunca recibí sino mucha honra é placer, á lo cual les soy yo obligado con mi persona é fijos é hacienda; pero con lo vuestro, que sois mi señor é rey natural, nunca á Dios plega, antes lo suyo é mio tengo yo de posponer por la menor cosa

de lo vuestro; que de otra manera en este mundo caeria en mal caso, y en el otro mi ánima en los infiernos; así que, mi señor, dicho os he lo que obligado era, descargando lo que os debo; mandadlo remediar con tiempo antes que la dilacion mayor peligro traya; que, segun vuestra grandeza, mas honrada é descansadamente con los vuestros pasar podeis, que con los ajenos, contrarios de los naturales vuestros, estar en gran peligro de vuestro estado, aunque al presente otra cosa parezca.» El Rey le dijo, sin ninguna alteracion que dello le ocurriese: «Estos caballeros me han servido tan bien é tanto á mi honra é provecho, que no puedo pensar dellos sino todo bien.—Señor, dijo Gandandel, esa es la peor señal en que mirar debeis; porque si os desirviesen guardar-os—hiades dellos como de contrarios, mas los grandes servicios tienen en sí oculto y encerrado el engaño en aquellos que al fin no podrán negar lo natural, como os ya dije.» En esto que oídes quedó la habla, porque el Rey no le replicó mas; pero habló luego este Gandandel con el otro, que Brocadan se llamaba, que su cuñado era, é conforme á sus malas maneras, é diciéndole todo lo que habia con el Rey pasado, le puso en la misma negociacion; así que, con lo que el uno é otro dijeron, atribuyéndolo todo al bien del reino, el Rey fué en gran manera movido á mucha alteracion contra aquellos que en al no pensaban sino en le servir, olvidando aquel gran peligro de que don Galaor le libró cuando iba preso en poder de los diez caballeros de Arcalaus, y el otro de que por Amadis, llamándose Beltenebros, fué socorrido cuando Madanfubul, el bravo gigante de la Torre Bermeja, lo llevaba, sacado de la silla so el brazo á las naos; que en cada uno destes se puede con mucha razon decir serle restituida la vida con todos sus reinos.

Oh reyes é grandes señores que el mundo gobernais, cuánto es á vosotros anejo é conveniente este ejemplo para que, dél vos acordando, pongais en vuestros secretos hombres de buena conciencia, de buena voluntad, que sin engaño é sin malicia las cosas, no solamente de vuestro servicio, mas las de vuestro servicio junto con las de vuestra salvacion, vos digan; alejando de vosotros los semejantes que estos Brocadan é Gandandel, é otros muchos á ellos conformes, que por vuestras cortes andan pensando é trabajando cómo con muchas lisonjas, con muchas encubiertas engañosas, de vos alejar del servicio de aquel vuestro Señor, cuyos ministros sois, solamente porque ellos é sus fijos alcanzen honras é intereses, como los estos malos hombres hicieron. Mirad, mirad por vosotros, catad qué á los que grandes señoríos son encomendados, muy larga é buena cuenta han de dar á aquel Señor que gelos dió; é si tal no es, aquella gloria, aquel mundo, é muchos vicios que en este mundo tovistes, en el otro, donde sin fin de durar habeis, de muchas angustias é dolores vuestras ánimas afligidas é atormentadas serán; é no solamente en tanta dilacion seréis dejados; mas en este siglo, donde por vosotros la honra, la fama tan preciada es, y en tanto cuidado vuestros ánimos por lo sostener son puestos, de aquella seréis abajados, como este rey Lisuarte lo fué, creyendo é dando fe mas á las palabras de aquellos en quien malas obras sabian tener, que

á lo que por sus ojos propios veía con mucha mengua é deshonra de su corte, sin que remedio alguno dello en todos los dias de su vida hobiese. E si la fortuna de aquí adelante algunas vitorias le otorgó, fué porque de mas alto cayendo, de mas angustia é dolor su ánimo atormentado fuese.

Pues á la historia tornando, digo que tanta fuerza aquellas palabras al Rey dichas tovieron, que aquel grande é demasiado amor que con mucha causa é razon él á Amadís é á sus parientes tenía, con mucha sinrazon fué, no solamente resfriado, mas aborrecido de tal forma, que sin mas acuerdo ni consejo ya no veía la hora que de sí partidos los viesse; así que, luego fué apartado de la conversacion é visitacion que á Amadís, estando en su lecho ferido, solia facer, pasando algunas veces por su posada sin haber memoria de saber de su mal, ni de hablar á los caballeros que en su compañía estaban; los cuales, veyendo una tan nueva y extraña cosa en el Rey, mucho fueron maravillados, é algunas veces en ello delante de Amadís hablaron. Mas él, creyendo que como su pensamiento tan sano en su servicio estoviese, que así el del Rey lo estando, otras ocupaciones é negocios á aquello daban causa; é así lo decia á los que de otra manera lo sospechaban, especialmente á su leal é gran amigo Angriote de Estravaus, que mas que otro ninguno dello sentido se mostraba. Estando los negocios en tal estado como ois, el rey Lisuarte mandó llamar á Madasima é á sus doncellas, é al gigante viejo é sus hijos, é los nueve caballeros que en rehenes tenía, é díjoles que si luego no le facian entregar la insula de Mongaza, como fuera pleiteado, que les faria cortar las cabezas; lo cual oido por Madasima, así como el miedo muy grande fué, así le fueron las lágrimas en grande abundancia á sus ojos venidas, considerando, si la tierra diese, quedar desheredada, é si la no diese, pasaria la cruel muerte; é no sabiendo qué responder, las carnes con gran ansia fuertemente le tremian; pero aquel Andaguel, gigante viejo, dijo al Rey que si le diese licencia é alguna gente, que le prometia de le facer entregar la insula ó se volver é aquella prision. Teniéndolo el Rey por bien, é dándole la gente, luego de allí fué partido, é volviéndose Madasima á la prision, de muchos caballeros acompañada fué, entre los cuales era don Galvanes Sin-Tierra, que viendo aquellas lágrimas por las sus muy fermosas faces de aquella doncella caer, no solamente á gran piedad fué su corazon movido, mas desechando aquella libertad que hasta allí toviera, sin que de ninguna mujer de cuantas visto habia preso fuese, súptamente, no sabiendo en qué forma ni cómo, sojuzgado é cativo fué, en tanto grado, que sin mas acuerdo ni dilacion, en la hora hablando aparte con Madasima, descubriéndole su corazon, le dijo si á ella le placia con él casar, él ternia tal forma como, salvando su vida, con la tierra libremente quedase. Madasima, habiendo ya noticia de la bondad deste caballero, é de su grande é alto linaje, otorgándole lo que pedia, fincados los hijos, le quiso por ello besar las manos. Tomada esta certidumbre, don Galvanes, siempre en su razon creciendo aquellas encendidas llamas, tanto mas las sentia é con mayor cruexa, cuanto mas libre de semejante

combate fasta tanto tiempo habia pasado, é no pasando muchos dias que poniendo en efeto lo que prometiera, á la posada de Amadís se fué, é hablando con él é con Agrájes, su sobrino, todo el secreto de su corazon les manifestó, faciéndoles saber que si en aquello remedio no le ponian, que su vida en el extremo de la muerte era llegada. Ellos, seyendo maravillados de tan súbito accidente en hombre que tan apartado en su voluntad de lo semejante estaba, é tan contrario de aquellos que en tales cosas sus cuidados é pensamientos despendian, le dijeron que segun su valor é los grandes servicios que al rey Lisuarte habia fecho, que por muy liviano tenían de acabar, que así Madasima como toda su tierra le fuese entregada, especialmente quedando en el Rey su señorío é por su vasallo, y cuanto Amadís cabalgar podiese, que se iria á lo despachar con el Rey.

En este medio tiempo aquel mezclador Gandandel iba muchas veces á ver Amadís, é mostrábale gran amor, é cada vez que del Rey hablaban siempre le decia algunas cosas de cómo el Rey le parecia que estaba en su amor muy resfriado, é que mirase no le ocurriese dello algun enojo, de lo cual habria él muy gran pesar, por le ser en muchos cargos de sus buenas obras, que él é sus fijos dél habian recibido; mas, por muchas cosas é muy sotiles que le decia, nunca pudo mover Amadís á ninguna saña ni sospecha, é tanto en ello le afincó, que le dijo Amadís con alguna ira que le no hablase mas en aquello; que aunque todos los del mundo gelo dijessen, no podria él creer que hombre tan cuerdo é de tanta virtud como el Rey se moviese contra él, que nunca, dormiendo ni velando, pensó sino en su servicio. Pues pasando algunos dias que Amadís é Angriote de Estravaus é don Bruneo de Bonamar de sus lechos levantarse pudieron con el gran mejoramiento de sus llagas, cabalgaron una mañana ricamente vestidos; y desde oyeron misa fueron al palacio del Rey, donde de todos muy bien recibidos fueron, sino solamente del Rey, que los no miró ni recibió como solia, en que muchos pararon mientes. Mas Amadís no miró en ello: que no pensaba que lo ficiese con mal talante; pero Gandandel, aquel mezclador, que allí se halló, abrazó riendo á Amadís é dijole: «A las veces dicen á los hombres la verdad, é no la quieren creer.» Amadís no le respondió ninguna cosa; mas partiéndose dél, veyendo cómo Angriote é don Bruneo estaban muy quejosos como fueran tan mal recibidos, fué al Rey é dijole paso, que ninguno lo oyó: «¿No védes el continente que aquellos caballeros ponen contra vos?» El Rey calló, que ninguna cosa le quiso responder, é Amadís con sana voluntad, y estando sin sospecha alguna de aquella trama tan falsamente urdida, llegó al Rey con gran homildanza, é llevando consigo á Galvanes é Agrájes, le dijo: «Señor, queremos, si os pluguiere, hablar con vos, é á la habla estén los que mandádes.» El Rey dijo que estarían Gandandel é Brocadan. Desto plugo mucho á Amadís, porque en su corazon los tenía por muy grandes amigos.

Entonces se fueron todos juntos á una huerta, donde el Rey debajo de unos árboles se asentó, y ellos cerca dél, é Amadís le dijo: «Señor, no fué mi ventura

de vos servir tanto como yo lo tengo en el mi corazon; mas, como quier que os lo no merezca, confiando en vuestra virtud é gran nobleza, me quiero atrever á vos pedir un don, de que seréis bien servido y haréis mesura y derecho. — Ciertamente, dijo Gandandel, si ello es así, vos pedis hermoso don, é bien es que el Rey sepa lo que quereis. — Señor, dijo Amadís, lo que pedir queremos yo é Agrájes é don Galvanes, que os tan bien han servido, es la insola de Mongaza, que quedando en el vuestro señorío é vasallaje, la dédes con Madasima á don Galvanes en casamiento, y en esto, señor, farédes merced á don Galvanes, que es de tan alto lugar é no tiene señorío alguno, é servirvoslo ha muy bien, é usarédes de piedad con Madasima, que por nos está desheredada. » Oido esto por Brocadan é Gandandel, miraban al Rey é hacian continente que lo no otorgase; mas el Rey estovo una pieza que no respondió, pensando en el gran valor de Galvanes é en lo que le habia servido, é cómo Amadís con tanto peligro de su vida aquella tierra ganara, é bien conoció que le pedian razon é cosa justa é honesta; pero, como su voluntad dañada estoviese, no dió lugar á la virtud que usase de lo que obligada era, é respondió así, como aquel que no tenia en voluntad de lo hacer, é dijo: «No es de buen seso aquel que demanda lo que haber no puede; esto digo por vos, que lo que pedis há bien cinco dias que lo di á la Reina para su hija Leonoreta.» Esto pensó de responder, mas por excusarse que por ser así verdad.

Esta respuesta fueron Gandandel é Brocadan muy alegres, é hacianle semblante que respondiera muy bien; mas Agrájes, que muy afortunado de corazon era, como vió respuesta tan desabrida, é como con tan poca mesura dellos se excusaba, no se pudo callar, antes con gran saña dijo: «Bien nos dais, Señor, á entender que si alguna cosa no valemós por nosotros, que nuestros servicios, segun son gradecidos, poco nos aprovechan; mas si yo fuera creído, de otra manera nuestra vida pasara. — Sobrino, dijo don Galvanes, muy poca fuerza los servicios en sí tienen cuando son fechos á aquellos que los no saben agradecer, é por esto los hombres deben buscar donde bien empleados sean. — Señores, dijo Amadís, no vos quejéis si el Rey no nos da lo que le pedimos, pues lo ha dado. Mas rogarle he yo que vos dé á Madasima y quede en él la tierra, é daros he yo la insola Firme, donde paseis con ella hasta que el Rey haya otra cosa que os dé.» El Rey dijo: «A Madasima tengo yo en mi prision por haber por ella la tierra; é si no, mandarle he cortar la cabeza.» Amadís le dijo: «Ciertamente, Señor, mas mesuradamente nos debriades responder, si á vos pluguiere, é no fariades en ello tuerto si lo mejor conocer quisíedes. — Si yo bien vos no conozco, dijo el Rey, asaz es el mundo grande; andad por él y catad quien os conozca.»

¡Oh qué palabras tan de notar! que aun ayer, podemos decir, este caballero Amadís de Gaula deste rey Lisuarte era tan amado, tan preciado, en tanto tenido, que pensaba él que así con su persona como con las de sus hermanos é parientes no estaba en mas de ser señor del mundo de lo comenzar, habiendo tanta

piedad del peligro de su vida cuando fué la batalla aplazada dél é de Ardan Canileo, que las lágrimas á los sus ojos le vinieron, sabiendo en tal sazón ser la su muy buena espada perdida, é contra aquel gran juramento que delante su corte hecho habia, de la suya no dar á ningun caballero, rogarle é apremiarle que la tomase; lo cual por cierto no se debia mover sin sobrado amor que le toviese, teniendo entonces en la memoria los grandes servicios dél recibidos, que fueron causa de la reparacion de su vida é reinos; é agora este tan gran amor, el juicio é discrecion suya tan sobrada, el gran conocimiento de las cosas que no fuesen bastantes á que unas palabras livianas, dichas por hombre de mala suerte, de malas obras, sin ver señales para que alguna fe dada le fuese de estorbar, que se no turbase y escureciese todo aquello. Gran cosa, á mi parecer, es é muy señalada, para que ni las armas de los enemigos, ni las frias ponzoñas se crea que dellas tanto peligro, tanto daño redundar pueda á los reyes é grandes como de solas las orejas, porque aquello bueno ó malo que en ellas impremido es, trastorna el corazon, guia la voluntad por la mayor parte á seguir lo justo ó deshonesto. Así que, grandes señores, á los que en este mundo tanto poder es dado, que baste para complir vuestros apetitos, vuestras voluntades; guardáos de los malos, que pues de sí mismos y de sus ánimas poco cuidado tienen, mucho menos é con mas razon se debe creer que lo ternán de las vuestras. Pues al propósito tornando, cuando por Amadís aquella tan deshonesta é desabrida respuesta del Rey fué oida, dijole: «Ciertamente, Señor, al mi cuidar hasta aquí no creía yo que en el mundo otro rey ni gran señor tanto al cabo del conocimiento de las cosas como vos hobiese; pero, pues que tan extraño é al contrario de mi pensar os habeis mostrado, conviene que con tan nuevo consejo é mando nueva vida busquemos. — Haced lo que fuere vuestra voluntad, dijo el Rey; que yo fago la mia.» Entonces se levantó con saña, é fuése donde estaba la Reina, é Brocadan é Gandandel con él, loándole mucho haberse así despachado é librado de aquellos, donde tan gran peligro ocurrir le podia; é dijo á la Reina todo lo que con Amadís le conteciera, é cómo por ello venia mucho alegre. Mas ella le dijo que de su alegría recibia tristeza, porque desde Amadís é sus hermanos é parientes en su casa fueron, siempre sus cosas habian seido aumentadas é crecidas, sin que por ninguno dellos lo contrario se mostrase, é que si deste partimento su sola discrecion era la causa, que mucho fuera menguada del conocimiento que haber debia; é si por consejo de otros algunos, que seria por la envidia grande que dellos é de sus buenas obras toviesen, y que no solamente el daño presente era, mas en lo venidero, que veyendo los otros así ser desechada é mal conocida la grandeza de aquellos caballeros que tanta honra é tantas mercedes por sus grandes servicios merecian, teniendo muy poca esperanza en los suyos, que con gran parte iguales no les eran, que echarian con gran razon á huir dél por buscar otro que mejor conocimiento toviese. Pero el Rey le dijo: «Dejad vos de fablar mas en ello; que yo sé lo que hago, é decid, como lo yo dije, que me pe-

distes aquella tierra para Leonoreta é que gela he dado.—Yo así lo diré, dijo la Reina, como lo mandais; é quiera Dios que sea por bien.»

Amadís se fué á su posada con mas enojo é malenconía que en su semblante mostraba, donde falló muchos é buenos caballeros, que siempre con él albergaban, é no quiso que cosa alguna de lo que con el Rey pasara se les dijese fasta que él hablase con su señora Oriana; é apartando á Durin, le mandó que dijese de su parte á Mabilia, su cohermana, cómo aquella noche le complia mucho de ver á Oriana, é que al caño antiguo de la huerta, por donde otras algunas veces había entrado, le esperasen. Con esto se tornó á aquellos caballeros, é comieron é holgaron así como los dias pasados solian hacer, é díjoles: «Señores, mucho vos ruego que mañana seais aquí juntos, porque vos tengo de hablar una cosa que mucho cumple.—Así se fará,» dijeron ellos. Pasado pues el dia, é venida la noche, despues de haber cenado é las gentes sosegadas, Amadís, tomando consigo á Gandalin, á la huerta se fué, y entrando por aquella mina ó caño, como algunas veces lo ficiera, llegó á la cámara de Oriana, su señora, que lo atendia con otro tan leal é verdadero amor como el que él consigo llevaba; así que, con muchos besos é abrazos fueron juntos, sin haber envidia á ningunos que verdaderamente en el mundo se amasen, considerando no haber en el suyo par. Acostados en su lecho, Oriana le preguntó por qué le enviara á decir que convenia mucho hablarla; él le dijo: «Por un caso muy extraño, segun mi pensamiento, que con vuestro padre nos ha acacido á mí é á Agrájes, mi cohermano, é á don Galvanes.» Entonces gelo contó todo así como pasara, é cómo en el fin les dijera que asaz era el mundo grande; que andoviesen por él buscando quien mejor que él los conociese. «Mi señora, dijo Amadís, pues que á él así le place, así conviene á nosotros hacerlo; que de otra manera, toda aquella gloria é fama que con vuestra sabrosa membranza yo he ganado, se perderia, con grande menoscabo de mi honra, tanto, que en el mundo tan menguado ni tan aviltado caballero como yo no habria; porque vos pido, Señora, que no sea por vos mandada otra cosa; porque, así como seyendo mas vuestro que mio, así de la mengua mas parte vos alcanzaria lo que á todos, aunque oculto fuese, siendo á vos, mi señora, manifesto, siempre el ánimo vuestro en gran congoja seria puesto.» Oido por Oriana esto, como quiera que el corazón se le quebrase, esforzóse lo mas que pudo, é díjole: «Mi verdadero amigo, con muy poca razon os debéis quejar de mi padre porque no á él, mas á mí, por cuyo mandado á su corte venistes, habeis servido; é de mí habeis el galardón é habeis en cuanto yo viva, é si alguna culpa á mi padre imputar se puede, no es otra sino, que siéndole á él oculto hacer vos las cosas por mi mandado, creer en el su servicio ser hechas; y esto le obligaba á que respuesta tan desmesurada vos diese; é como quiera que vuestra partida sea para mí tan grave como si mi corazón en pedazos é piezas partido fuese, teniendo en mas la razon que la voluntad é amor desordenado que yo os tengo, pláceme que se haga como pedis; pues que, segun el gran señorío sobre vos tengo,

en mi mano será remediarlo como mas mi placer sea; é porque mi padre, perdiendo á vos, conozca que todo lo que le quedare será para él causa de gran mengua é soledad.» Amadís cuando esto oyó, besándole las manos muchas veces, le dijo: «Mi verdadera señora, aunque hasta aqui de vos haya recibido muchas é grandes mercedes, por donde mi triste corazón de la muerte á la vida tornado fué, esta por muy mayor contar se debe, segun la gran diferencia que los casos de honra sobre los de los deleites é placeres tienen.»

En esto y en otras cosas hablando, aquella noche pasaron, mezclando con el gran placer suyo muchas lágrimas, considerando la gran soledad que en lo porvenir esperaban; mas ya acercándose el dia, levantóse Amadís, acompañado de aquella su muy amada cohermana Mabilia é de la doncella de Denamarca, rogándolas muy afincadamente que á Oriana consolasen; y ellas llorando, habiéndogelo otorgado, dellas se partió; é yendo á su posada, todo lo que de la noche quedaba, é alguna parte del dia, ocupó en dormir; pero ya siendo tiempo, levantado de su lecho, todos aquellos caballeros que oyestes se vinieron á él, y desde que hobieron oido misa, todos juntos en un campo á caballo, Amadís desta guisa les habló: «Notorio es á vos, mis buenos señores é honrados caballeros, si despues que yo del reino de Gaula en la gran Bretaña fui venido, é mis hermanos é amigos, por mi causa las cosas del rey Lisuarte en mas honra ó en mayor mengua ser puestas; é por esta causa excusado será traerlas en vuestras memorias; solamente creo que con mucha razon se os debe decir que así vosotros como yo debiéramos esperar justamente gran galardón; mas, ó porque la mudable fortuna, que las cosas trabuça é revuelve, usando de su acostumbrado oficio, ó por algunos malos consejeros, ó por ventura ser con la mayor edad la condicion del Rey mudada, mucho al contrario de nuestros pensamientos hallado lo hemos; que siendo por Agrájes é don Galvanes é por mí demandada en merced al Rey á Madasima con su tierra para que con don Galvanes casada fuese, quedando en su señorío é por su vasallo; no mirando el gran valor deste caballero é su muy alto linaje é los grandes servicios dél recibidos, no solamente no nos lo quiso otorgar, mas por él nos fué negado con respuesta tan desmesurada é tan deshonestada, que por haber salido de boca tan verdadera, de juicio tan discreto, empacho he grande que por mí lo sepais; mas, pues que excusar no se puede por ser la cosa en tales términos venida, sabréis, señores, que en la fin de nuestra habla, diciéndole nosotros ser por él mal conocidos nuestros servicios, nos dijo que el mundo era grande, é que andoviésemos por él á buscar quien mejor nos conociese. Así que, nos conviene que, como en la concordia é amistad obedientes le hemos sido, que así en la discordia y enemistad lo seamos, cumpliendo aquello que él por bien tiene que se haga; paréceme cosa justa que lo sopiédes, porque no solamente á nosotros en particular, mas á todos en general toca.» Cuando aquellos caballeros esto que Amadís dijo oyeron, mucho fueron maravillados, é unos con otros hablando, decian que muy mal sus pequeños servicios serian galardoados, cuando aquellos

grandes de Amadís é sus hermanos eran de tal forma en olvido puestos; así que, luego sus corazones fueron movidos para no servir mas al Rey, mas deservirle en cuanto podiesen. E Angriote de Estravaus, como aquel que del bien y del mal que á Amadís viniese entendia su parte haber, dijo: «Mis señores, yo há mucho tiempo que conozco al Rey, é siempre le vi muy asegado en todas sus cosas, é no se mover, salvo con gran causa é justa razon; así que, esto que con Amadís y estos caballeros le aconteció no puedo creer, ni en el pensamiento me caerá que de su condicion ni voluntad saliese; antes verdaderamente cuido que algunos mezcladores le han sacado de todo su saber é seso. Por tanto, no dejo de poner gran culpa á la bondad é gran virtud del Rey, é lo que yo verdaderamente pienso es, que habiendo yo visto estos dias pasados, mas que solia, hablar á Gandandel é Broecadan con él, é siendo falsos y engañosos, que olvidando á Dios é al mundo, pensando cobrar ellos é sus hijos aquello que sus malas obras no merecen, habrán causado este movimiento del Rey; é porque veades cómo la justicia de Dios se ejecuta, yo me quiero ir á armar luego, é decirles que son malos, envidiosos, é la gran traición é falsedad que han hecho al Rey é á Amadís, é combatirme con ellos entrambos; é si su edad gelo excusare, que metan sendos hijos suyos conmigo solo, que sostengan las maldades de sus padres.» E queriéndose ir, Amadís lo detuvo é le dijo: «Mi buen amigo Angriote, no plega á Dios que el vuestro cuerpo bueno y leal sea puesto en aventura por lo que cierto no se sabe.» El le dijo: «Yo soy cierto que ello es así, segun lo que dellos mucho tiempo há conozco; é si la voluntad del Rey fuese decir la verdad, sé que él conmigo otorgaria.» E Amadís dijo: «Si á mí amais, no cureis esta vez dello, porque el Rey enojo no reciba, é si esos que decís, mostrándose tanto por mis amigos, enemigos me han sido, demás de se no poder encobrir, ellos habrán aquella pena que los falsos merescen, é cuando conocido é descubierto será, con mas razon é causa podeis contra ellos proceder, é creed que entonces no vos lo excusaré.» Angriote dijo: «Aunque contra mi voluntad sea, yo lo dejaré esta vez, pues que así vos place, mas para adelante quedará.»

Entonces Amadís, volviéndose á aquellos caballeros, les dijo: «Señores, yo me quiero despedir del Rey é de la Reina si me ver quisieren, é irme á la insola Firme, é á los que ploguiere que en uno vivamos, allí nos farán honra, demás del placer que ternemos, porque aquella tierra es muy viciosa, abundada de todas las cosas é de muchas cazas y hermosas mujeres, que son causa, do quiera que las haya, de hacer á los caballeros mas lozanos é orgullosos. E yo en ella tengo muchas y apreciadas joyas de gran valor, que para vuestras necesidades serán bastantes; allí nos vernán á ver muchos de aquellos que nos conocen é otros extraños, así hombres como mujeres, que nuestro socorro habrán menester, é allí tornaremos cada que nos ploguiere amparar y reparar á nuestros trabajos. Pues junto con esto, así en la vida del rey Perion, mi padre, como despues della, aquel reino de Gaula no nos faltará en la pequeña Bretaña, de que agora he las

cartas, como en sus dias me la dieron; esto todo por vuestro sin duda contar lo podeis. Pues tambien vos trayo á la memoria el reino de Escocia, que mi cohermano Agrájes habrá, y el de la reina Briolanja, que por mal ni por bien faltar no nos puede.—Eso podeis vos, señor Amadís, con mucha verdad decir, dijo un caballero que Tantiles se llamaba, mayordomo é gobernador de aquel reino de Sobradisa; que siempre á vuestro mandado será, con aquella hermosa reina que vos reinare fecistes.» Don Cuadrante le dijo: «Agora, Señor, vos despedid del Rey, é allí parecerán los que vos aman é vuestra compañía quieren.—Así lo faré, dijo Amadís, y en mucho terné á los que á esta sazón me quisieren honrar; no por tanto digo que, quedando á su provecho, con el Rey lo dejen de hacer. Ciertamente yo creo que tan buen señor en gran parte no se fallaria.» A esta sazón el Rey pasaba cabalgando, é Gandandel, que lo aguardaba, é otros muchos caballeros, é an laba cazando con unos esmerejones, é así anduvo una pieza cabe ellos, é no los hablando ni mirando, se tornó á su palacio.

CAPITULO XX.

De cómo Amadís se despidió del rey Lisuarte, é con él otros diez caballeros, parientes é amigos de Amadís, los mejores é mas esforzados de toda la corte, é siguieron su via para la insola Firme, donde Briolanja probaba las aventuras de los firmes amadores é de la cámara defendida; é de cómo determinaron de librar del poder del Rey á Madasima é á sus doncellas.

Como Amadís vió el desamor que el Rey le mostraba, levandole consigo todos aquellos caballeros, se fué á despedir dél, é como por el palacio entró, y le vieron el continente mudado de como solia, é á tal hora que ya las mesas eran puestas, llegaron todos por oír lo que diria, y llegando ante el Rey, le dijo: «Señor, si vos en algo contra mí errais, Dios y vos lo sabeis; é por agora no diré mas; porque aunque mis servicios grandes fuesen, mucho mayor era la voluntad de pagar las honras que de vos he recibido. Ayer me dejistes que fuese á andar por el mundo, é buscase quién mejor que vos me conociese; dando á entender que lo que mas os será agradable es ser yo fuera de vuestra corte, é pues esto es lo que á vos place, á mí conviene de lo hacer; é no me puedo despedir de vasallo, pues que lo nunca fui vuestro ni de otro ninguno, sino de Dios. Mas despido-me de aquel gran deseo que quanto vos plogo teniades de me hacer honra y merced, y del gran amor que yo de lo servir é pagar tenia.» Y luego se despidieron don Galvanes é Agrájes, é Florestan é Dragonis é Palomir, cohermanos de Amadís, é don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, é Angriote de Estravaus é Grindonan, su hermano, é Pineros, su sobrino; é don Cuadrante pareció delante del Rey é díjole: «Señor, yo no quedé con vos sino por ruego de Amadís, queriendo y deseando haber su amor, pues que con razon verdadera se falló camino que el sentimiento que dél tenia fuese á mi honra apartado; y pues que por su causa fui vuestro, por ella mesma no lo seré de aquí adelante; que poca esperanza ternian mis pequeños servicios, cuando en los sus grandes fallece; que mal vos acordais de cuando vos sacó de las manos de Madanfabul, de donde otro ninguno os sacar podiera, y del venci-